

F
RD
2692

Biblioteca
Banco Central

LIC. VIRGILIO ÁLVAREZ SANCHEZ

Alrededor y en Contra del Comunismo

1958

ERA DE TRUJILLO

INDICE

	Página
LA FARSA COMUNISTA AL DESNUDO UNA VEZ MAS	3
LA HORA DE LAS SUPREMAS DECISIONES	11
DEMOCRACIA ROJA : UN ARTIFICIO QUE NO ENGAÑA A NADIE	19
NEGLIGENCIA CULPABLE DE OCCIDENTE	27

BANCO CENTRAL DE LA REP. DOM.

BIBLIOTECA

070158

30/01/2007

Don...

I

LA FARSA COMUNISTA AL DESNUDO UNA VEZ MAS

LA FARSA COMUNISTA AL DESNUDO UNA VEZ MAS

La entrega de los premios Nóbel correspondientes al 1958, efectuada en Estocolmo el día 10 del mes de diciembre en curso, coloca de nuevo en un primer plano de interés internacional el caso del escritor soviético Boris Pasternak, autor de la novela Doctor Zhivago, la obra maldita de todo el territorio so-juizado por el régimen comunista.

Sucede a veces en el curso de la Historia que la biografía de un ser humano en particular encarna y representa una etapa entera de la vida social de un pueblo; que determinados incidentes de la vida de una sola persona, revelan y delatan la enorme tragedia que le sirve de escenario. Así ha ocurrido en el caso de Boris Pasternak.

Se afirma que cuando el escritor envió a un editor italiano los originales de su novela, le hizo llegar las siguientes instrucciones: "Si usted recibe un mensaje mío retractándome de la publicación de mi obra, no le haga caso. Primero, porque puede ser falso. Segundo, porque pude haberlo redactado bajo coacción y, por tanto, no sería la expresión de un hombre libre. Y, tercero, porque pudo haber sido escrito en un momento de cobardía, y es preciso despreocuparse de la voluntad de un cobarde".

Nada puede ser más explícito y revelador que esas frases dictadas por el espíritu libre de un hombre que se sabe prisionero dentro de su Patria, y los acontecimientos posteriores han justificado plenamente los temores del acosado hombre de letras. Pero la ola de imputaciones infames, de odio desorbitado y denuestos estúpidos que contra Pasternak ha desatado la espesa red de organizaciones títeres que mantiene en Rusia el opresivo régimen comunista, sin sal-

picar siquiera al honesto escritor, se ha derramado por entero sobre los mismos jefes que, agazapados tras las vetustas murallas del Kremlin, ordenaron tan desafortunada campaña.

Y, a la verdad, no pudo ser más impolítica la actitud asumida por el régimen soviético. En vez de aceptar y capitalizar en su provecho la concesión del premio Nóbel de literatura en favor de un escritor ruso que era prácticamente desconocido fuera de las fronteras de su país, con excepción de reducidos grupos intelectuales europeos, obliga al escritor galardonado a renunciar al honroso premio y vierte sobre la institución que lo otorgara una andanada de groseros insultos y acusaciones inverosímiles, en un esfuerzo vano por manchar el sólido renombre de una entidad de irreprochable prestigio universal.

Pero el fatídico error de táctica política que para la Unión Soviética constituye el adoptar una actitud insostenible de pública acusación contra la Academia de Letras sueca, no es, ni mucho menos, el aspecto más revelador del bochornoso caso Pasternak. Porque si hasta ahora han podido existir en el mundo seres obcecados y con miopía intelectual suficiente para mantenerse de buena fe dentro de las filas del comunismo internacional, acontecimientos como el que comentamos son los que sirven para abrirles los ojos y traerlos de nuevo a la realidad. Así ha estado sucediendo en Europa, Asia y nuestro Continente Americano, donde innumerables seguidores del credo marxista están abjurando de su fe a la vista de la llaga purulenta que sobre la piel del comunismo internacional ha revelado la actitud del régimen soviético contra Boris Pasternak.

La persecución del infeliz escritor marca la caída del telón final tras la farsa montada por Moscú desde la muerte del sanguinario Stalin. En los albores de su ascensión al poder, los sucesores del tirano pretendieron revisar la férrea política de opresión y terror entronizada por el déspota, y sustituirla por otra más benigna que hiciera parecer sincera a los ojos del mundo la cacareada tesis moscovita de la coexistencia pacífica. Algunos incautos pudieron, tal vez morder el burdo anzuelo, pero la fuerza incontenible de la verdad no tardó en abrirse paso a través de las mentes más recalcitrantes y ya a nadie engañan las pompas de jabón de la propaganda comunista.

Es la vieja historia del antagonismo irreconciliable entre el absolutismo y toda manifestación del espíritu libre del hombre. Y esa lucha se resuelve siempre en el descrédito de la tiranía, como lo demuestra la historia de todos los tiempos y todas las comunidades en que de un grupo de ideas se hizo un patrón y de la intolerancia un sistema. Entonces, como ahora, tales actitudes no han llevado a otra cosa que al repudio universal de quienes las asumen. Tal es la característica de la hora presente, cuando todos los pueblos libres del mundo, entre los cuales se destaca en lugar de honor el pueblo dominicano, unificado y compactado tras su insigne Conductor, el Generalísimo Trujillo, forman cerradas filas frente a la Rusia Soviética, dispuestos a la gran batalla por la dignidad del hombre, por la conservación del espíritu y por la supervivencia de la libertad humana.

Boris Pasternak, aherrojado en la sólida prisión que destina la Rusia comunista para los hombres de pensamiento libre, ha puesto al descubierto con su abnegado sacrificio las férulas que muestran con elocuencia la plena descomposición del régimen soviético. Y, gracias a su propia y oportuna previsión, nada ni nadie podrá borrar las consecuencias de su martirio, porque cualquier retractación pública o actitud posterior negativa que asuma el escritor en el futuro, presionado por sus carceleros de turno, queda rotunda y definitivamente desmentida por su previa afirmación: sería falsa, o hecha bajo coacción, o sería el acto de un cobarde.

II

LA HORA DE LAS SUPREMAS DECISIONES

LA HORA DE LAS SUPREMAS DECISIONES

Existe una antigua polémica, cuya duración puede ya medirse en siglos, entre quienes atribuyen a la historia un carácter de ciencia, y aquellos que rehusan otorgarle tal condición.

Aunque en lo que a nosotros respecta, no es el caso de tomar partido entre esas dos tesis antagónicas -cada una de las cuales cuenta con atendibles fundamentos de orden filosófico y sociológico-, consideramos admisible la existencia de ciertas tendencias de carácter universal que imprimen un curso determinado al devenir histórico, sin que ello sea afirmar que la Historia -como las ciencias naturales-, esté sometida a leyes inmutables que regulan rígidamente su desarrollo.

Una de las más características de esas tendencias universales lo constituye sin duda el anhelo de progreso y mejoramiento que ha animado siempre al hombre desde sus más remotos orígenes. Podría afirmarse que la historia de la humanidad es la historia de su marcha incesante hacia metas de progreso cada vez más altas. Y esa fuerza dinámica que impulsa al hombre, no se detiene nunca, ni mucho menos retrocede, porque a medida que van conquistándose mayores alturas en la ruta del mejoramiento colectivo, nuevas metas y nuevos objetivos van surgiendo sin descanso en los horizontes de la humanidad. De igual modo que quien sube a las cumbres de una montaña va ampliando cada vez más los contornos del paisaje que se ofrece a sus ojos, así los pueblos del mundo, en su ascenso sin descanso a través de los siglos, van aumentando la visión panorámica de sus objetivos de mejoramiento y progreso.

Esa marcha milenaria hacia la conquista de la civilización, cuyo inicio se pierde en la noche insondable de los tiempos, y cuyo transcurso iluminan a ratos -como breves relámpagos resplandecientes- acontecimientos tales como la construcción de la primera tosca arma de defensa, o el hallazgo del fuego, o el invento de la rueda, cons-

tituye sin duda la esencia misma del acontecer histórico, e imprime a la vida de la humanidad su más acusada característica.

Pero, al igual que acontece en todo proceso de desarrollo, el progreso humano ha encontrado, encuentra y encontrará a su paso numerosos obstáculos que interfieren su curso, contra los cuales es preciso luchar hasta su total aniquilamiento. La presencia de esos obstáculos crea momentos de verdadera crisis, durante los cuales parecen tambalearse sobre sus cimientos todas las conquistas alcanzadas penosamente hasta ese instante. Cuando esto sucede, la antorcha de la civilización, que, «como en las tradicionales lides olímpicas», va pasando en las manos de generaciones sucesivas, parece a punto de extinguirse para siempre.

Tales períodos de crisis, tales momentos de aparente quiebra de los valores humanos, han surgido muchas veces a lo largo de los tiempos, pero en cada ocasión han sido superados por el esfuerzo colectivo de los pueblos del mundo, y la rueda de la historia ha continuado girando pese a todas las contingencias.

Ha tocado a nuestra generación actual afrontar una de esas crisis. La más tremenda, quizás; porque la fuerza diabólica que encarna en el presente al enemigo del progreso, al obstáculo de la civilización, ha sido la más ladina y malévola, la más cruel e inescrupulosa, la más monstruosa y perversa de cuantas han levantado sus armas contra la humanidad.

A mediados del siglo pasado, el comunismo marxista con su mendaz bagaje pseudo filosófico, pseudo económico, y pseudo científico a cuestas, salió a conquistar al mundo y a esclavizar a los pueblos, en aras de un supuesto anhelo de mejorar las condiciones de vida del hombre. La traición, la asonada, el asesinato y sutiles maniobras políticas, han propiciado a la furia roja la conquista de algunos países de Europa y Asia, y el peligro comunista, con su pesada carga de engaños y de crímenes, luce el cinismo de sus nefandas conquistas socio-políticas, erguido como una enorme cortina de terror bajo los cielos grises de un mundo abatido por el infortunio y envuelto en sombras de insensateces.

Frente a esta conflictiva situación, ante ese grave peligro que amenaza destruir desde sus cimientos nuestro mundo de hoy, ha sonado la hora de las supremas decisiones y de la acción valiente y definitiva.

Así lo van comprendiendo los pueblos libres del orbe, y ya se escucha en todos los confines del mundo occidental el eco viril de las dianas gloriosas que llama a todos los hombres de buena voluntad a la gigantesca batalla que se apresta a librar el bien contra las fuerzas precursoras del exterminio y de la muerte.

Y el primero de todos ellos —si no por la capacidad bélica de que dispone, sí por la primacía que otorgan el valor y la responsabilidad—, el pueblo dominicano, alerta a la sonora voz de mando de su Insigne Conductor el Generalísimo Trujillo, comparece con honores a la cita que el destino ha fijado a la humanidad en la hora conflictiva del presente.

III

DEMOCRACIA ROJA:

UN ARTIFICIO QUE NO ENGAÑA A NADIE

DEMOCRACIA ROJA:

UN ARTIFICIO QUE NO ENGAÑA A NADIE

Cuando en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, el Comunismo Marxista asentó sus raíces en la Rusia de los Zares, se inició para el mundo la más decisiva y trascendental batalla que ha presenciado la humanidad.

Guerra despiadada y sin cuartel que continúa librándose en nuestros días, acaso más encarnizada y ferozmente que nunca, y a la cual los pueblos del mundo vienen dando su ofrenda de sangre y de muerte, de miseria y destrucción.

Dos poderosos adversarios se enfrentan en esta titánica lucha; de un lado, las fuerzas del espíritu, representadas por los pueblos libres de Occidente y por sus gobiernos democráticos y representativos. Del otro, el sórdido materialismo, encarnado en la dictadura comunista impuesta a algunos pueblos del oriente de Europa y de Asia.

Son los contendientes de ahora, pero la gigantesca batalla en que se enfrentan -aunque ha cambiado de nombre muchas veces a lo largo de la Historia-, ha sido, es y será siempre una sóla: la guerra entre la libertad y la opresión; entre la democracia y la tiranía, entre el bien y el mal; la guerra, en fin, entre la guerra y la paz.

Entre ambos bandos no existen ni pueden existir alternativas. En nuestros días la lucha se ha polarizado a tal extremo, que no se conciben ya las posiciones intermedias. La idea de neutralidad es ajena por completo a nuestro mundo convulsionado del presente. El momento crítico que atraviesa la humanidad, exige a todos los pueblos una línea de conducta política firme y definida; o se es comu-

nista, o se es anti-comunista. Por ello tienen hoy singular vigencia las palabras que dijo Jesús de Nazareth hace casi veinte siglos: "Quien no está conmigo, está contra mí".

El Comunismo Marxista, asaltando y conquistando por la fuerza el poder en Rusia en el 1917, y, posteriormente, el surgimiento de regímenes títeres esparcidos por el mundo, proclaman el desarrollo corpulento de ese árbol maldito que ofende las entrañas generosas de la tierra y cuya savia se vigoriza con la equívoca y negligente forma de pensar, de actuar y de sentir de quienes están llamados a responder porque se conserven los valores morales y espirituales de la humanidad.

Porque la hora presente demanda el máximo de responsabilidad y exige el límite de la capacidad de sacrificio. Ha llegado ya el momento supremo de las posturas definidas y de las clasificaciones categóricas. Los tiempos en que era posible jugar a la "Democracia Roja", han pasado a la historia, porque esas etiquetas ambiguas e irresponsables de algunos sistemas de gobierno no son, en esencia, más que un artificio que esconde la colaboración premeditada e hipócrita en favor del Kremlin.

Sólo así, perfectamente delineados los campos, desmascarados los farsantes, estrechamente unificadas y depuradas las filas del bando democrático, podrán los pueblos cristianos de Occidente decapitar la hidra sanguinaria del Comunismo internacional y echar los sólidos cimientos de un mundo nuevo y mejor, sin el látigo de la barbarie moscovita y con Paz y Justicia social para todos.

En la vanguardia de las fuerzas progresistas que defienden la libertad y dignidad humanas, el pueblo y el Gobierno dominicanos, estrechamente identificados en el común ideal que los anima, ofrecen al mundo el honroso ejemplo de una actitud insobornable de inequívoca devoción a la causa democrática, mantenida con responsabilidad en todo momento y a toda prueba, pese a las tentativas infructuosas de quienes son inconfesados agentes del comunismo internacional en nuestro Continente.

Esa firme actitud, que ha conservado al pueblo dominicano inmune a la peste marxista y al territorio de la República inac-

cesible a la infiltración roja, es la que ha ganado para el Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina el título indiscutible de Campeón de la Confraternidad Americana y baluarte, «el más señero e inexpugnable», del anticomunismo universal.

Porque como ha sido y es Trujillo, es como se debe ser si se pretende salvar la civilización cristiana del tremendo peligro que la amenaza. Las posturas equívocas, las indecisiones cobardes, los coqueteos culpables con los regímenes comunistas o comunistoides constituyen en la hora presente un imperdonable crimen de lesa humanidad.

IV

NEGLIGENCIA CULPABLE DE OCCIDENTE

IV

NEGLIGENCIA CULPABLE DE OCCIDENTE

Cuando de los tristes escombros -humeantes todavía-, que sembró la Primera Conflagración mundial en el suelo martirizado de Europa, surgió como una postrera llamada el primer régimen soviético, la humanidad comenzó a vivir la etapa más funesta de su historia.

El marxismo-leninismo, que hasta aquel momento no fue otra cosa que una alucinada utopía inventada por el cerebro delirante de un economista judío con delirios de grandeza, encuentra un sólido punto de apoyo, propicio a servir de base para la ulterior conquista del mundo y el sojuzgamiento consiguiente de toda la raza humana.

El mundo democrático, vencedor en la contienda bélica de 1914-1918, había recién abatido los anhelos de predominio mundial de los Imperios Germánico y Austro-húngaro, y vió con desagrado la entronización en Rusia de un régimen de gobierno cuya primera decisión política consistió en pactar la paz por separado con Alemania, traicionando cínicamente los pactos concertados con sus aliados occidentales. Pero la actitud de las grandes potencias frente al régimen soviético no pasó de un repudio más o menos teórico sin ningún resultado positivo y el comunismo tuvo el campo libre para imponerse por la fuerza en todo el vasto territorio ruso.

Aquella desdichada porción territorial, que en esa época constituía la sexta parte del mundo, se convierte entonces en el ensangrentado escenario de las purgas en masa, del terror sistemático y de la barbarie erigida en régimen de gobierno. Pero, con excepción de determinadas tentativas fallidas de subversión del orden en algunos países de Europa y Asia, el gobierno moscovita, durante el período que media entre las dos gigantescas conflagraciones mundiales,

ejerce principalmente su criminal tiranía sobre el infeliz pueblo que padece la desgracia de habitar dentro de su vasto territorio.

Sin embargo, el estallido de una nueva guerra universal, con su secuela de derrota total de las huestes hitleristas en los campos de batalla, creó a partir del año 1945 una correlación de fuerzas en el campo internacional que propició la instauración de la Unión Soviética como gran potencia mundial, a la par de las naciones aliadas vencedoras del Eje Roma-Berlín-Tokío. Y esta circunstancia desdichada va a desatar al instante la abierta ofensiva comunista por el dominio del mundo.

Como aguas turbuléntas escapadas de su cauce, las hordas soviéticas se derraman por todo el territorio de la Europa oriental y sembrando el caos y esparciendo el crimen, entronizan por la fuerza en los países invadidos regímenes títeres, cuya vergonzosa misión será la de ejecutar, contra el sagrado interés de sus propios pueblos, las órdenes implacables dictadas por los ambiciosos jefes del Kremlin.

Las turbias maniobras políticas, la conspiración cobarde, la traición de algunos y la debilidad de muchos, fueron las armas preferidas de Moscú para asentar su dominio sobre los pueblos sojuzgados, y como resultado de su inescrupuloso empleo, el rígido telón de acero cayó ominosamente sobre gran parte del Continente Europeo.

Para esta ofensiva brutal, cuya pretensión es destruir la civilización cristiana y sustituir a Dios por el sórdido materialismo ateo, el comunismo ha contado siempre con un poderoso aliado, no por inmaterial menos verdadero, no por impreciso menos peligroso. Y este aliado, que labora en la sombra, no está junto a su cómplice, sino junto a nosotros mismos; no se encuentra en Moscú, sino que permanece activo en todo el campo occidental. Me refiero al deletéreo y funesto sentido de irresponsabilidad y negligencia que padecen la mayoría de los que tienen a su cargo la salvaguarda de los Sagrados principios espirituales en que reposa nuestro concepto cristiano del mundo y de la vida.

Porque la culpable indiferencia y la errónea actitud de Occidente frente al mónstruo de las actividades y propaganda soviética, ha sido causa fundamental de la expansión y entronizamiento

del régimen marxista en gran parte del territorio universal.

Cuando se tiene frente a sí a un enemigo implacable que ha hecho de la mentira un sistema, del crimen una costumbre, de la opresión un hábito y del odio una norma de vida, es un suicidio toda actitud conciliadora. Por eso resulta doloroso observar en el presente la fuerza diabólica y perseverante de la propaganda rusa en contraste con la réplica débil y desconcertante de las potencias occidentales. No hay duda de que el balance de la hora arroja para el mundo libre un superávit de palabras inútiles y un déficit -por no decir carencia absoluta- de acción rotunda, coordinada y constructiva.

Gracias sean dadas a Dios porque ha conservado en la tierra gobiernos como el nuestro y dirigentes políticos como Trujillo, capaces de ver en todo momento y atribuir su verdadera importancia al peligro comunista que se cierne amenazador sobre el orbe civilizado, y que jamás ignoraron y mantuvieron celosamente pese a toda contingencia, la indolegable actitud de responsabilidad alerta que demandaban las circunstancias del momento.

Honor a Trujillo y al digno ejemplo que ha encarnado siempre para los gobernantes del mundo occidental.